

Economía, territorios e identidades en la larga duración: una aproximación al caso salvadoreño

Carlos Gregorio López Bernal¹

En este artículo, el autor, pretende demostrar la relación que existe entre economía, construcciones territoriales y la formación de identidades, y cómo estos procesos han incidido en la conformación histórica de la identidad nacional salvadoreña.

Desde la época colonial, la actividad económica ha sido fundamental para que los territorios que actualmente forman El Salvador se relacionen con el exterior. El auge o decaimiento de productos exportables ha potenciado el desarrollo de ciertas regiones e inhibieron el de otras. Bajo ciertas condiciones, esos fenómenos estimularon el surgimiento de identidades locales que posteriormente favorecieron la construcción de un sentido de identidad nacional; pero en otras ocasiones, las identidades locales más bien tendieron a la fragmentación.

En la medida en que ciertos grupos sociales se vinculan con otras culturas van conformando modelos culturales que condicionan la construcción de una identidad nacional. En el caso de El Salvador es evidente que para el siglo XIX ya existía una estrecha relación entre elite económica, modelos culturales y Estado, lo cual incidió considerablemente en las decisiones políticas y las relaciones de poder que se establecieron entre los diferentes sectores sociales y en la formación de ciertos patrones culturales que perviven hasta la actualidad.

El cacao y los izalcos

Antes de la llegada de los españoles, los territorios de lo que posteriormente sería El Salvador fueron ocupados por diversos grupos étnicos que se apropiaron de determinados espacios, cuyas fronteras nunca estuvieron plenamente delimitadas. Hacia 1520 los grupos nahuas pipiles ocupaban el occidente y el centro del país. El río Lempa funcionaba como una frontera natural, condición que conservó hasta finales del siglo XIX. Al este del Lempa, los lencas controlaban territorios que se extendían hasta el río Goascorán.² Estos asentamientos fueron producto de migraciones y luchas territoriales que configuraron el mapa político que rompieron los conquistadores españoles. Estos dividieron el territorio nahua pipil en dos provincias: Izalco y Cuscatlán. Más tarde el oriente fue llamado provincia de San Miguel.³

La conquista conllevó a una profunda reestructuración territorial. Las epidemias diezmaron la población nativa, llevando a la desaparición de poblados. La asignación de encomiendas entre

¹ Licenciatura en Historia, Universidad de El Salvador

² Para profundizar en el tema de la ubicación geográfica de los diferentes grupos étnicos al momento de la conquista, véase Amaroli, Paul, *Linderos y geografía económica de Cuscatlán, provincia pipil del territorio de El Salvador*. Mesoamérica, año 12, N° 21, junio de 1991.

³ Carmack, Robert M. (editor) *Historia General de Centroamérica*. Tomo I, capítulo 3. (FLACSO, Madrid, 1993), págs. 180-182.

los conquistadores fue la primera reorganización con base jurídica de esos territorios. En los años posteriores, y como parte de las iniciativas reales por afianzar su dominio y debilitar el poder de los conquistadores, se impuso una división administrativa que fue complementada por la organización de la iglesia católica. Aunque las sociedades precolombinas ya tenían una marcada jerarquización social, la colonia supuso una segregación mayor.

En la década de 1540 la corona española comenzó a imponer un mayor control sobre el territorio centroamericano. Parte de ese proceso fue la reducción de los indios a poblados. En la organización de los pueblos de indios tuvieron mucha participación los religiosos, principalmente dominicos y mercedarios. Aunque se intentaba hacer las reducciones sin mayor uso de violencia, siempre hubo conflictos. A menudo los indios huían a las montañas, buscando conservar su anterior estilo de vida y escapar a las obligaciones que se les imponían. Los pueblos indígenas fueron dotados de tierras para que cultivaran productos de subsistencia y pudieran pagar sus obligaciones con la corona. Para la administración de estos poblados se creó el cabildo de indios.

La corona trató de mantener separados a los distintos grupos sociales, con la intención de proteger a los indios de las “malas influencias” que podrían recibir de los españoles. Así surgieron las “dos repúblicas”, vale decir que en la práctica las repúblicas debieron ser más, pues también se pretendía aislar a los indios de las “castas” y los ladinos. Aunque los resultados prácticos de estas disposiciones son discutibles, es innegable que influyeron en la formación de identidades. La sociedad colonial asumió la desigualdad y la diferencia de los grupos que la formaban; como se verá más adelante, las ideas de igualdad que fundamentaron las propuestas nacionales de inicios del siglo XIX chocaron con un imaginario social que no solo daba por sentadas las desigualdades, sino que las asumía como naturales y beneficiosas.⁴

La falta de minerales preciosos hizo que la tierra y los indígenas se convirtieran en la fuente de riqueza para los conquistadores. El cacao se convirtió rápidamente en el principal producto comercial. Como los indios conocían bien los métodos de cultivo, los españoles simplemente reorganizaron la producción en función de sus intereses, encargándose de la recolección y comercialización. Para finales del siglo XVI, la demanda de cacao era muy alta en México y Guatemala y aumentaba en España. El cacao determinó el crecimiento económico de los pueblos de la región de los izalcos. Al parecer el cultivo no solo beneficiaba a los españoles, pues los viajeros hablan de pueblos “tan ricos como los indios de Izalco”. De allí que esa región fuera un centro económico muy importante.

El producto se concentraba en Sonsonate, embarcándose en Acajutla. No es de extrañar que muchos españoles se radicaran, legal o ilegalmente, en Sonsonate.⁵ Sin embargo, el aumento de la producción de cacao en Guayaquil y Venezuela quebró la bonanza sonsonateca; el cultivo se mantuvo por algún tiempo, pero dejó de ser importante. Es posible que el cacao

⁴ Guerra, François-Xavier *De la política antigua a la política moderna. La revolución de la soberanía*. Inédito. Véase también Guerra, François-Xavier y Annick Lempérière. *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. (México, Fondo de Cultura Económica, 1998). Introducción.

⁵ Browning, David, *El Salvador, la tierra y el hombre*. (San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2000), págs. (103-116)

haya permitido a las comunidades indígenas de la zona cierto grado de autonomía económica que posteriormente se tradujo en habilidades para conservar su cultura y tradiciones. Resulta difícil establecer hasta qué punto el cacao generó algún sentido de identidad en la región de los izalcos, más bien pareciera que simplemente fortaleció la identidad étnica que venía desde la época precolombina. Más importante es destacar que fue con el cacao que estas sociedades entraron en la lógica del comercio internacional, una relación que de allí en adelante será recurrente.

El añil y el “protonacionalismo” de la elite salvadoreña

En efecto, cuando el cacao decayó las relaciones comerciales con el exterior se fundamentaron en el añil. La naturaleza extensiva de este cultivo exigía que se dedicaran más terrenos al tinte en detrimento de otros productos. Los conflictos por la tierra se hicieron más frecuentes, pues las haciendas añileras generalmente se expandían a costa de los ejidos y tierras comunales. El añil demandaba mucha mano de obra; en tiempo de cosecha, grandes y pequeños productores se disputaban a los trabajadores, al grado que la corona se vio obligada a legislar prohibiendo el uso de indios en los obrajes, disposición que, como muchas otras, nunca fue debidamente acatada. El añil dificultó enormemente el funcionamiento de las “dos repúblicas” como entes separados, y fue factor importante en la aceleración del mestizaje biológico y cultural. Las medidas protectoras de la corona chocaron con las necesidades prácticas de la economía, de cuyo crecimiento también era beneficiaria la monarquía española. El añil acentuó el conflicto entre ladinos e indígenas, pero en la medida en que la legislación “protegía” al indio y excluía al ladino, las pugnas fueron manejables. Esta situación cambió con la independencia y tuvo importantes repercusiones políticas y económicas en el siglo XIX.

Texto en recuadro

“En las tierras buenas y pueblos fértiles, que entran los ladinos, se acaban los indios en muy breve, de que es testimonio toda la provincia de San Salvador, en que como llevo dicho puede ser que no haya indios aún por la décima parte. Se atribuye a varios motivos, pero entre ellos temo que se ahuyentan los indios a los montes por librarse de los perjuicios, engaños y robos con que los perjudican y aniquilan los ladinos.” Pedro Cortés y Larraz. *Descripción geográfico-moral de la diócesis de Goathemala*. (Guatemala, Tipografía Nacional, 1958), pág. 150.

El cultivo del añil también afectó las dinámicas territoriales y la construcción de identidades, tanto en el interior (disputas entre ciudades locales), como en el “exterior”, pugnas con Guatemala. Así, la fundación de la ciudad de San Vicente de Lorenzana en 1635, no puede explicarse sin el auge del tinte y el interés de un grupo de añileros de escapar a los controles de San Salvador y San Miguel. Igualmente las disputas entre San Miguel y San Salvador estuvieron relacionadas con el poder y los intereses que giraban alrededor del tinte. Pero los conflictos más importantes se dieron entre productores y comerciantes. Los primeros resentían las condiciones leoninas que les imponían los comerciantes guatemaltecos; esta disputa derivó en localismos que pudieron ser los antecedentes de embrionarias identidades nacionales. Por medio del añil, la elite criolla se concibió por primera vez como diferente de

la guatemalteca, a tal grado de ser conciente de que sus intereses eran contrapuestos a los de Guatemala.

Esta tendencia se intensificó cuando, en el marco de las reformas borbónicas, se creó la intendencia de San Salvador en 1785 que prefiguró el territorio de lo que llegaría a ser El Salvador.⁶ Fue en ese contexto cuando se comenzó a plantear la necesidad de que San Salvador tuviese un obispado propio, condición que ya había sido percibida, incluso por el arzobispo de Guatemala, Pedro Cortés y Larraz, hacia finales de la década de 1760. En 1812, el representante de San Salvador llevó a las Cortes una petición expresa. Considerando los obstáculos que las distancias ponían para que el obispo guatemalteco visitara esa provincia, la cantidad de fieles existentes y la capacidad económica de la provincia, solicitó la erección de la diócesis de San Salvador, pero la propuesta no prosperó.⁷

No debe extrañar que una vez lograda la independencia, San Salvador haciendo gala de la soberanía recién obtenida, erigiera por cuenta propia el obispado en contra de la voluntad del Arzobispo Casaus y Torres. El 30 de marzo de 1822, la Asamblea provincial creó la diócesis de San Salvador y nombró a José Matías Delgado como obispo. Las autoridades salvadoreñas decidieron comunicar su actuación directamente al Papa para pedir su reconocimiento, pero este se negó, posponiendo hasta la década de 1840 la creación del obispado salvadoreño. La disputa originada por la creación de la diócesis de San Salvador trascendía lo puramente religioso; tras ella se escondían las disputas económicas, políticas e ideológicas con la elite guatemalteca.

Cuando en la primera década del siglo XIX, la monarquía española entró en crisis por la invasión francesa y la abdicación forzosa del rey Fernando VII, tuvo lugar a un proceso de reformas que afectaron considerablemente la configuración territorial de Centroamérica. La constitución de Cádiz (1812) introdujo importantes cambios al crear nuevos ayuntamientos, los cuales serían la base de una nueva organización política y procesos electorarios. Estos cambios desequilibraron las tradicionales relaciones de poder entre las ciudades y pueblos principales y aquellos sometidos a su dominio. Las jerarquías tradicionales fueron rotas, dando lugar para que algunos pueblos y ciudades reivindicaran derechos que consideraban habían sido violados por otro pueblo o ciudad principal. La importancia de estos cambios se evidencia al considerar algunos hechos específicos, tales como el envío de diputados a Cortes, la declaración misma de independencia o, un caso muy revelador, la decisión de anexarse al imperio de Agustín de Iturbide en 1822. En esta oportunidad la mayoría de los ayuntamientos, con excepción de San Salvador y San Vicente, optaron por la anexión. En el fondo de esas decisiones estaban las tensiones e intereses representados en cada localidad.⁸

⁶ En esa reorganización territorial y administrativa, Sonsonate quedó unida a Guatemala, pero en la práctica estaba más vinculada a San Salvador, tanto por intereses comerciales como por las vías de comunicación, a tal grado que su incorporación al estado salvadoreño en la época de la independencia no presentó mayores dificultades.

⁷ El texto completo de esa petición se encuentra en: Gavidia, Francisco *Historia moderna de El Salvador*. (San Salvador, Ministerio de Cultura, 2ª edición, 1958), págs. 235-237.

⁸ Véase Vázquez Olivera, Mario, *La división auxiliar del Reyno de Goatemala. Los intereses mexicanos en Centroamérica, 1823-1824*. Tesis de Maestría en Historia, Universidad Autónoma de México, 1997.

El “grano de oro”: reconfiguraciones territoriales y de poder

A pesar de su pequeñez territorial, en el siglo XIX El Salvador tuvo problemas políticos que en buena medida estuvieron relacionados con localismos, economía y construcción de identidades territoriales. El Estado salvadoreño inició su vida independiente con una escasez de recursos que le imposibilitaba ejercer un control efectivo de su territorio.⁹ Todavía a mediados del siglo XIX la burocracia estatal era extremadamente reducida; obligando a que algunas funciones que posteriormente fueron atribución exclusiva del poder central fueran ejercidas por la iglesia, las municipalidades e incluso por particulares. El caso más ilustrativo es el de San Miguel, que separado del resto del país por el río Lempa, con el añil como base económica y ligado comercialmente con el sur de Honduras, Nicaragua y Panamá, retó frecuentemente el poder político formalmente anclado en San Salvador.

Esas rivalidades territoriales a menudo encontraron un canal de expresión en los caudillos y las facciones políticas que los apoyaban. Los conflictos políticos entre Francisco Dueñas y Gerardo Barrios, para poner un ejemplo, pudieron ser manifestaciones de pugnas entre elites locales que se disputaban la hegemonía del país. Hasta 1865 San Miguel fue el departamento más grande del país, abarcando lo que hoy son Usulután, San Miguel, Morazán y La Unión. En tal sentido, la decisión de Dueñas de dividir el departamento de San Miguel, pocos meses después del fusilamiento de Barrios, evidencia el interés por romper una entidad territorial y política que obstaculizaba una efectiva centralización del poder.

La sustitución del añil por el café como principal producto de exportación también tuvo implicaciones políticas e identitarias. El café se desarrolló primeramente en el occidente del país, posteriormente se expandió al centro y después al oriente.¹⁰ Para el último tercio del siglo XIX, el departamento de Santa Ana tenía el suficiente poder político y económico como para cuestionar el de San Salvador. La ciudad de Santa Ana tenía incluso más población que la capital, una tendencia que se mantuvo hasta finales de la década de 1920.¹¹ No es de extrañar que la mayoría de los presidentes de esos años fueran originarios del occidente o tuvieran intereses económicos allí. Asimismo, la construcción de importantes obras y edificios públicos en Santa Ana (ferrocarril, teatro, catedral, palacio municipal) evidencia no sólo poder económico, sino una aspiración de distinción frente al resto de ciudades del país. Una tendencia que fue decayendo en la medida en que otros departamentos del centro y el oriente se incorporaron a la cañicultora y que el poder central se consolidó en San Salvador.

⁹ Lindo-Fuentes, Héctor, *Weak foundations. The economy of El Salvador in the nineteenth century*. (University of California Press, 1990).

¹⁰ Santiago, Aldo Lauria, *Historia regional del café en El Salvador*. (Revista de Historia Universidad de Costa Rica, # 38, Diciembre de 1998).

¹¹ Véase Baires, Yolanda y Lungo, Mario, *San Salvador (1880-1930) La lenta consolidación de la capital salvadoreña*. En: Anuario de Estudios Centroamericanos, N° 7, 1981.

Texto en recuadro

“La elite gobernante definió el papel del Estado partiendo prácticamente de cero; descubrió las ventajas de un fuerte aparato de seguridad y de las obras públicas diseñadas para servir a las necesidades de la incipiente economía de exportación, pero no se preocupó por el desarrollo del pueblo por medio de la educación. Este resultado no fue necesariamente dictado por las señales del mercado, sino de la interpretación de la elite en términos de sus intereses a largo plazo y por su propio sentido de prioridades.” (Héctor Lindo. Weak Foundations... Op. Cit., pág. 80)

A partir del último tercio del siglo XIX se le dio gran impulso a la construcción de vías de comunicación. Este esfuerzo pudo ayudar a la integración territorial, pero la orientación de los ejes carreteros más bien favoreció la fragmentación. Las carreteras se orientaron de norte a sur, buscando unir una ciudad importante con un puerto, (San Miguel-La Unión; San Salvador-La libertad; Acajutla-Sonsonate-Santa Ana). Algo parecido pasó con el ferrocarril, que ligado directamente al café, se construyó primeramente en el occidente (Acajutla-Sonsonate - Santa Ana), con lo que se dejaba por fuera el centro y el oriente.

Si bien es cierto que los intereses económicos y políticos influyeron en la manera como se construyó la red vial y ferroviaria, no es menos cierto que hubo dificultades técnicas; la construcción del tramo de carretera entre el actual Colón y Santa Tecla, antiguamente conocido como el Callejón del Guarumal, fue un reto enorme para los escasos recursos técnicos que se tenían en aquellos años. Pero el mayor obstáculo a la integración territorial fue el río Lempa. Aunque su caudal no es nada extraordinario, cruzarlo en invierno suponía riesgos considerables. De allí que cuando surgía una revuelta en el oriente, la primera preocupación de los gobernantes era asegurar el cruce del Lempa. No es arriesgado afirmar que la construcción del ferrocarril La Unión- San Salvador — empresa que consumió enormes recursos financieros, no tanto por su costo sino por la corrupción a que dio lugar — permitió quebrar en alguna medida el fraccionamiento territorial.

Al revisar la forma como se ha construido la infraestructura nacional se hace evidente que esta siempre ha respondido a una realidad económica (cacao, añil, café, algodón); cultivos cuyo nicho ecológico ha estado entre las planicies costeras, la cadena volcánica central y las depresiones del Lempa. Aparte del añil —que se cultivó principalmente en las tierras bajas— ningún cultivo económicamente importante se ha desarrollado en la parte norte del territorio, lo cual explicaría su marginación histórica. De continuar con esa lógica de desarrollo, esa región seguirá condenada al atraso y la pobreza.

En la medida en que el Estado tenía mayor presencia efectiva en todo el territorio y que sus agentes (ejército, policía, jueces, maestros y demás funcionarios) hacían que el grueso de la población tomara conciencia de que en cualquier momento podían y debían relacionarse con el aparato estatal, las identidades tradicionales fueron cuestionadas, lo cual no significa que desaparecieran, sino que fueron subordinadas a la nacional, y simultáneamente reelaboradas para responder a las nuevas realidades.

Igualmente, el desarrollo de la infraestructura, en tanto que facilitó las comunicaciones y puso en mayor contacto diferentes regiones ayudó al desarrollo de una identidad nacional. Carreteras, ferrocarriles, telefonía y prensa permitieron que el grueso de la población tomara conciencia que era parte de una comunidad nacional mucho mayor que el pueblo o la ciudad de su vida cotidiana. En palabras de Benedict Anderson, se pasó a ser parte de una “comunidad política imaginada”, en donde el imaginario popular puede ser permeado efectivamente por una identidad nacional funcionalmente definida.¹²

El auge o decaimiento de ciudades como Sonsonate, San Vicente, San Miguel y Santa Ana, estuvo asociado a ciclos económicos (cacao, añil y café), lo cual tuvo consecuencias políticas. Pero también los fenómenos naturales condicionaron la construcción de hegemonías territoriales y la centralización del poder. La ciudad de San Salvador ha sido destruida varias veces por terremotos. En el siglo XIX esos desastres dieron espacio para cuestionar si esta ciudad era la idónea para ser capital del Estado. De hecho la capital fue trasladada a Cojutepeque después del terremoto de 1854, aunque San Vicente alegó tener mejores condiciones para acogerla.

Santa Tecla fue construida expresamente para ser capital, pero las disputas entre facciones políticas y el apego de los pobladores de San Salvador a su ciudad determinaron que la capital permaneciese allí. Este tipo de disputas no han sido estudiados debidamente, pero es evidente que exacerbaron localismos y condicionaron mucho la construcción de identidades en El Salvador. Habría que considerar también cómo los recurrentes desastres naturales pudieron crear una cultura de la improvisación, en tanto que cualquier proyecto está sujeto al imprevisto. Otra posibilidad sería que la exposición a tales desastres creara una cultura de la prevención, algo que evidentemente no ha sucedido.

Los cambios del paisaje agrario del siglo XX

Para mediados del siglo XX nuevas dinámicas económicas alteraron el paisaje nacional, una de ellas fue el “boom algodonero”. El algodón se cultivó intensivamente en la franja costera que hasta entonces se había mantenido relativamente al margen de la economía nacional, pero que se volvió accesible con la construcción de la carretera del litoral. También la ganadería y la caña de azúcar se expandieron considerablemente, pero fue el algodón el que más consecuencias tuvo a largo plazo.¹³ El desarrollo de pesticidas químicos en la década de 1940 permitió un efectivo combate de las plagas que atacaban al algodón. A lo largo de tres décadas el litoral salvadoreño fue literalmente bañado con insecticidas y fertilizantes químicos, causando un deterioro ambiental que aún no ha sido debidamente evaluado.

A la deforestación se añadió la contaminación y el desplazamiento obligado de población para escapar de las fumigaciones aéreas. No obstante, el algodón permitió el desarrollo de un nuevo tipo de “empresario agrícola” que gracias al arrendamiento de tierras y al crédito

¹² Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas; reflexiones sobre el origen y expansión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

¹³ Williams, Robert, *Export agriculture and the crisis of Central America*. (The University of North Carolina Press, 1986).

bancario, pudo realizar eficientemente el cultivo y la comercialización del producto. Sin embargo, el ciclo algodonero fue breve. Generalmente se atribuye su debacle a la guerra civil, pero esta simplemente aceleró un proceso de crisis que ya se venía dando. A diferencia del café, el algodón cayó para no levantarse, llevándose consigo el desarrollo de la franja costera y sin dejar recursos que hicieran viable una reconversión productiva. La reciente creación de zonas francas pretende paliar el problema, pero está muy lejos de resolverlo.

Muy relacionado con el “boom” algodonero y el proyecto del MERCOMUN estuvo el proceso de industrialización. De nuevo los desbalances territoriales se hicieron presentes. El parque industrial se concentró alrededor de la capital, aumentando la migración del campo a la ciudad, ya estimulada por el algodón, e inhibiendo el desarrollo de otras regiones. A partir de la década de 1950, el crecimiento desordenado de la zona metropolitana ha sido persistente, sin que ninguna institución estatal haya podido frenarlo. Los desplazamientos de población provocados por la guerra simplemente llevaron al clímax un proceso que ya de por sí era alarmante.

A modo de conclusiones

El Salvador inició su vida independiente en condiciones precarias. Desde un primer momento su economía ha estado condicionada desde el exterior. Quienes pudieron hacerlo aprovecharon las reducidas oportunidades que se les presentaron, dando por resultado reducidos niveles de crecimiento y marcadas desigualdades sociales. Los beneficios del añil, el café, el algodón, el MERCOMUN y últimamente de la apertura al comercio exterior han sido distribuidos de manera muy poco equitativa, resultado explicable si se considera que la institucionalidad más perdurable del país se ha conformado confundiendo intereses de elite con intereses nacionales.¹⁴

Este tipo de desarrollo ha requerido un buen grado de imposición y autoritarismo que ha permeado la cultura cívica nacional. Exceptuando las negociaciones para terminar la pasada guerra civil, en El Salvador nunca se le ha dado el valor debido al diálogo. Las decisiones más trascendentales se han tomado unilateralmente; así se llegó a la independencia y de ese modo se hicieron las reformas liberales en el último tercio del siglo XIX. Dos casos ilustrativos entre abundantes ejemplos. La producción y comercialización de productos agrícolas ha dado lugar a fuertes conflictos. En el caso del añil, la pugna fue con los comerciantes guatemaltecos. Con el café la situación cambió.

Producción, procesamiento y exportación ofrecían oportunidades; aprovecharlas muchas veces significaba afectar los intereses de otros. El crédito agregaba un elemento de conflictividad más. Con algunas variantes esa situación persiste en la actualidad, sin que exista una política clara e inequívoca por parte del Estado, lo cual ha sido una constante histórica, a excepción de las medidas tomadas a principios de la década de 1930 por el gobierno del general

¹⁴ Véase Dada, Héctor, Prólogo al libro de Héctor Lindo. *La economía salvadoreña en el siglo XIX*. (San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2002), págs. I-XI.

Hernández Martínez, que respondieron directamente a la gran crisis que entonces se vivía. Curiosamente, el Estado no tuvo ningún problema para intervenir directamente en el problema de la tierra, primeramente vendió terrenos baldíos y en la década de 1880 impulsó la extinción de ejidos y tierras comunales.

La historia económica de El Salvador demuestra que para este país relacionarse con el exterior no es nada nuevo ni extraordinario. Las oportunidades surgidas con el cacao, el añil, el café y el algodón fueron percibidas rápidamente por diferentes sectores sociales que reaccionaron ante el nuevo entorno, readecuando sus actividades productivas. En todos esos procesos ha sido importante la temprana incorporación de pequeños productores, que desgraciadamente a la larga fueron desplazados por la falta de mecanismos que les permitieran crecer.¹⁵ El gran problema del país ha sido cómo redistribuir los beneficios del crecimiento económico y cómo generar valores culturales que favorezcan un desarrollo más equitativo.

Ya en la época colonial el “boom” añilero hizo evidente el espíritu emprendedor de los “empresarios” salvadoreños, condición que se confirmó con el rápido desarrollo de la caficultura en el siglo XIX. Lo mismo sucedió en el caso del MERCOMUN en el siglo XX. Y aunque en las narrativas decimonónicas no es posible encontrar inequívocamente la imagen del salvadoreño trabajador, esta se consolidó en el siglo XX. Estos rasgos identitarios perviven en nuestra época, pero han adquirido significados sociales diferentes, generalmente contrapuestos. El carácter emprendedor del empresario salvadoreño conlleva un valor positivo; no así el de la laboriosidad del salvadoreño que a menudo connota la imagen del “hácelotodo”, llevado a esa condición más por la necesidad de sobrevivir que por una vocación de trabajo.¹⁶

Existe mucha similitud entre el ambiente que se vivía a mediados del siglo XIX, cuando El Salvador se integró más decididamente al mercado mundial por medio del añil y el café, y las condiciones actuales, en que la globalización y los tratados de libre comercio marcan el rumbo de la economía. Ambos momentos tienen como denominador común la generación de oportunidades, pero ya se sabe quienes aprovecharon las del siglo XIX y cual fue el costo social. Según Héctor Lindo, ese aprovechamiento desigual fue posible gracias al acceso a la educación y la información — condición posible a un reducido grupo social—, pero más que todo por el control que ese grupo tuvo sobre el Estado. Ya sabemos cuál fue el resultado a largo plazo de ese modelo. Sería lamentable caer en el mismo error.

El siglo XXI estará marcado por una profundización de la globalización. Si partimos de las experiencias históricas es plausible pensar que El Salvador tiene algunas ventajas para insertarse favorablemente en la “aldea global”; por ejemplo, apertura al exterior, aptitud para adaptarse a los cambios del mercado, y laboriosidad. Estas son actitudes sumamente

¹⁵ Costa Rica ofrece un interesante ejemplo del papel que puede jugar el Estado como promotor y protector de los pequeños y mediados productores cafetaleros. La intervención estatal en la primera mitad del siglo XX fue determinante para el fortalecimiento de estos sectores.

¹⁶ La imagen mejor elaborada y más conocida de este salvadoreño sigue siendo la presentada por Roque Dalton en su famoso “Poema de amor”.

positivas; sin embargo, pueden ser anuladas – o por lo menos obstaculizadas –, por la permanencia de rasgos autoritarios, poca disposición al diálogo, acceso y calidad de la educación y sobre todo por la recurrente incapacidad (o desinterés) para redistribuir los beneficios generados por el crecimiento económico.

Bibliografía

Amaroli, Paul, *Linderos y geografía económica de Cuscatlán, provincia pipil del territorio de El Salvador*. Mesoamérica, año 12, N° 21, junio de 1991.

Carmack, Robert M. (editor) *Historia General de Centroamérica*. Tomo I, capítulo 3. (FLACSO, Madrid, 1993)

Guerra, François-Xavier y Lempérière, Annick, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. (México, Fondo de Cultura Económica, 1998).

Browning, David *El Salvador, la tierra y el hombre*. (San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2000).

Gavidia, Francisco, *Historia moderna de El Salvador*. (San Salvador, Ministerio de Cultura, 1958).

Vázquez Olivera, Mario, *La división auxiliar del Reyno de Goatemala. Los intereses mexicanos en Centroamérica, 1823-1824*. Tesis de Maestría en Historia, Universidad Autónoma de México, 1997.

Lindo-Fuentes, Héctor *Weak foundations. The economy of El Salvador in the nineteenth century*. (University of California Press, 1990).

Santiago, Aldo Lauria *Historia regional del café en El Salvador*. (Revista de Historia Universidad de Costa Rica, # 38, Diciembre de 1998).

Baires, Yolanda y Lungo, Mario, *San Salvador (1880-1930) La lenta consolidación de la capital salvadoreña*. En: Anuario de Estudios Centroamericanos, N° 7, 1981.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas; reflexiones sobre el origen y expansión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Williams, Robert, *Export agriculture and the crisis of Central America*. (The University of North Carolina Press, 1986).

Lindo, Héctor *La economía salvadoreña en el siglo XIX*. (San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 2002).